

Juan Yzuel

“El expolio de Sijena es un símbolo de los abusos en muchos pueblos”

Nacido en Sariñena en 1960, este monegrino que cantó misa en 1986 y doce años después se casó, ha recorrido medio mundo y lucha por todo, especialmente por la igualdad y la justicia.

Por **MARGA BRETOS**

CUANDO conoces una familia que encarna los principales valores que puede poseer el ser humano, resulta entrañable escribir sobre ella y no deja de ser un privilegio personal. Me refiero a la familia Yzuel Sanz, a esos seis hermanos y una hermana que son el fruto de la semilla que plantó Marisa Sanz, una madre coraje que ha conseguido que sus siete hijos destaquen en muchos sectores, pero principalmente en virtudes como la nobleza, la justicia, la dignidad, la generosidad y la bondad.

De los Yzuel Sanz, presentamos al mayor, Juan Mariano, misionero, padre y un luchador nato, porque nadie como él ha encarnado los grandes valores. Su biografía rebosa hechos y detalles que inmortalizan su talla intelectual, humana y ética, porque Juan lucha por todo, por la igualdad entre las personas, por la justicia... y así ha orientado su vida a “que haya más justicia, libertad, paz y fraternidad entre gentes de toda nacionalidad, lengua, creencia, religión... Hay muchos micromundos: el barrio, la escalera de casa, mis chavales de clase, mi propio matrimonio, mi familia... Cuando me presente ante Dios, espero haber contribuido a dejar un mundo, por pequeño que sea, un poquito mejor”.

Juan ha recorrido mucho mundo: “estuve cinco años en un barrio hispano de Nueva York y luego nueve en Camerún. Recibí mucho más de lo que di. La gente me evangelizó, me hizo mejor persona”, explica el exsacerdote. “En 1986 canté misa en Sariñena y doce años después me casé. Mi vocación es ser sacerdote casado”, afirma, porque “lo vivo así con Susana y mis hijos, siendo un currante de la educación, echando una mano en la parroquia del Actur, colaborando con varias oenegés, escribiendo y blogueando, organizando conciertos solidarios de música cristiana con Esperanzarte, dejando que nuestro hogar sea una casa abierta para quien quiera entrar...”.

Rememorando sus orígenes, Sariñena para él es, “mi infancia, mi mundo, mis raíces, una comunidad de gente a la que quiero”, porque aquella infancia, sin duda, marcó su vida. “Nací en el 60. Teníamos un hotel familiar y trabajábamos de sol a sol. A los 12 años, como muchos, comenzamos a ir internos para poder seguir estudiando. A los 17 marché al noviciado de los escolapios y ya solo volvía cinco semanas al año. A los 22 marché como misionero a América. Al cerrar los ojos, recuerdo a mis amigos de la infancia y, sobre todo, tanta gente diversa que pasaba por el hotel (camareros, viajeros, cazadores catalanes, ingenieros holandeses, montadores de silos vascos, técnicos madrileños y andaluces, refugiados de la guerra civil que volvían a casa, estudiantes comunistas, falangistas nostálgicos que iban a Alcubierre, turistas perdidos en carreteras secundarias, majorettes francesas y cantantes de todo el mundo que venían a las fiestas...). Era la ONU, pero de secano”, explica confesando que en alguna ocasión echaba de menos, “alguna cosa especial: en Zaragoza, el cariño de casa; en Peralta de la Sal, ver crecer a mis hermanos pequeños; en Nueva York, haber podido estar cerca cuando mi familia pasó momentos difíciles; en África, hacer vibrar a la gente con una jota”. Lo prioritario es la familia: “de niños, formábamos una familia muy singular con mis padres, mi hermana y mis 5 hermanos, la familia extensa que se dejaba caer, los trabajadores y trabajadoras de la casa... Recuerdo mucho amor, a pesar de las dificultades. Ese amor lo seguimos viviendo y atesorando los siete hermanos como la mejor herencia para nuestros hijos e hijas. Sariñena fue un gran trampolín para la vida. Mi madre, en el poco tiempo que teníamos, nos metía en todo: solfeo, guitarra, jota, los danzantes, el coro parroquial, la catequesis... Yo me escapaba a la iglesia en cuanto podía. Jesús de Nazareth fue el gran amigo de mi madre, y el mío”.

Juan ha caminado con los centroamericanos en Washington cuando Reagan destruía el sueño de una nueva Nicaragua o una Guatemala sin masacres. Ha



Juan, megáfono en mano, en el centro de la foto, en una reciente reivindicación de los bienes de Sijena.



EN FRASES

“Espero contribuir a dejar un mundo un poquito mejor”

“Mi vocación es ser sacerdote casado”

“Tenemos dignidad y derecho a recuperar lo que es nuestro”

“Recuerdo mucho amor, a pesar de las dificultades”

luchado con los sin papeles en los barrios de Brooklyn, ha participado en acciones no violentas contra la proliferación de armas nucleares, ha alentado la esperanza del pueblo camerunés para vivir en democracia, ha organizado gestos simbólicos por temas medioambientales, ha formado a muchos voluntarios que van cada año a países del Sur, y también, “luché contra el engañoso desarrollo que prometía el proyecto Gran Scala. Participo en movimiento de cristianos de base que sueñan una Iglesia más evangélica”, y su última lucha está en la Plataforma ‘Sijena Sí’, “Por justicia y dignidad. Somos un pueblo, el aragonés, el monegrino, con tendencia a pensar resignadamente que la historia va pasando sin apearse nunca en nuestra estación... El expolio de Sijena es, para mí, un símbolo de tantos abusos que han sufrido a lo largo de la historia muchos pueblos oprimidos, grupos étnicos humillados, minorías perseguidas... Muchos no han podido nunca defenderse o conseguir justicia. Yo vengo, como cantaba La Bullonera en los setenta, a trabajar, a arrimar el hombro al tajo, a poner mi voz para quien quiera usarla, a echar una mano a quienes han logrado darnos esperanza de que el color volverá a los muros de Sijena. Si lo conseguimos, los saharauis, los palestinos, las mujeres asesinadas de México, las madres de la Plaza de Mayo... estarán más cerca de la justicia. Por otro lado, creo que Sijena tiene hoy un gran tesoro espiritual, con la presencia de las Hermanas de Belén. Es necesario integrar este valor con el patrimonial e histórico”.

Juan y su gran familia nunca esperan que otros resuelvan los problemas, “nadie nos ha regalado nunca nada y en el caso de nuestra comarca es evidente que se va despoblando, como tantas otras de Aragón. Si fomentamos la recuperación de un lugar histórico, artístico y espiritual que atraiga visitantes y peregrinos, se dinamizará un poco más la economía local. Pero más importante todavía, recobramos la esperanza en el futuro. Somos de pueblo, pero tenemos dignidad y derecho a recuperar lo que es nuestro”. ●